

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Sepbre., Octubre y Novbre. de 1932

CONSAGRACION DE NUEVOS COLEGIALES

El día 13 de agosto, a las 8 de la noche, se juntó en el Aula Máxima el Claustro pleno presidido por el señor Rector y los señores Consiliarios para celebrar la consagración de los nuevos Colegiales señores D. Luis Euclides Murcia, D. César Nates Cortés, D. Ernesto Ospina Rodríguez, D. Hernán Quiñones Olarte y D. Tomás Lombo. Los nuevos Colegiales hicieron la profesión de fe según las constituciones y prestaron el solemne juramento reglamentario. El señor Colegial D. Tomás Lombo pronunció el discurso, que va en seguida, y el señor Rector les dió los parabienes y explicó la significación de esta ceremonia. Un selecto concurso de damas y caballeros solemnizó el acto con su presencia.

Sr. Rector, señores Consiliarios, señoras, señores:

Acabamos de prestar el juramento de colegiales ante vosotros con el mismo religioso respeto que hubiéramos tenido ante el gran fundador Fray Cristóbal de Torres, porque vosotros conserváis intacto el espíritu que le imprimió el excelso Arzobispo. ¡Raro dón de los genios el de perdurar en sus obras de modo estable y duradero !

Ya sea Miguel Angel, ya Fray Cristóbal de Torres, el genio se sobrevive más que en historias o monumentos, en sus obras inmortales; aquél en sus mármoles eternos, éste en los graníticos sillares de aquesta casa de la sabiduría, símbolo del templo venerando que cada uno de nosotros le tiene levantado en su corazón al ilustre hijo de Santo Domingo.

Largos meses pasó Miguel Angel, circuyendo, como león del arte, una grandiosa basílica de Italia, y envidioso de su cúpula magnífica saltó en su mente la idea genial de trasladarla más amplia y atrevida a un nuevo templo. Tiempo después inmensa rotunda suspendida en los aires coronaba la iglesia de San Pedro, como si ángeles invisibles sostuvieran la mole gigantesca.

Era que el genio se había fabricado alas que desafían las leyes de la pesantez. En sus últimos días Miguel Angel, privado de la luz de sus ojos, pero aquilatadas hasta lo sumo sus emociones estéticas, sentía no sé qué indecible ternura al tocar los mármoles del Vaticano.

Tal se complace la imaginación en fantasear al joven alumno de San Pablo de Burgos, discípulo de Domingo de Soto, admirador de la recia fábrica de la teología tomista, que nombrado Arzobispo de este Reino, pensó en trasladar de España, patria de grandes teólogos, a estas tierras vírgenes la doctrina del angélico Doctor Santo Tomás de Aquino. Llegado a esta capital, fundó nuestro amado claustro que llamó «Colegio Mayor o Congregación de personas mayores escogidas para sacar en ellas varones insignes ilustradores de la República», y que ha sido entre nosotros, en su existencia tres veces secular, lo que Alcalá, Salamanca y Lovaina en Europa; y al dotarlo magníficamente como el gran Cardenal Jiménez de Cisneros a la universidad de Alcalá, hizo de él la cuna de la república, por lo que hace a lo pasado y la escuela de la Patria en nuestros días.

Va para tres centurias que lo fundó, y de entonces acá cuántos hombres célebres han pasado por estas aulas,

cuántos próceres consagraron con sus cadenas las habitaciones convertidas en prisión, cuántos sabios lo iluminaron con sus descubrimientos!

Si el artista del Vaticano gozaba al tocar las obras de sus manos, el gran Cristóbal de Torres cómo gozará al despertar en callada noche de su sueño de bronce a la luz de la espléndida fulguración de Sirio y entablar religioso y espiritual diálogo con sus hijos «como si se hubiera levantado del sepulcro en que descansa allí en la ¡capilla, o como si su alma hubiera descendido del cielo para morar en medio de nosotros». ¿Qué le dirá a esa pléyade de hombres que se sientan a sus pies? A Caldas, el sabio y el mártir; a Mutis, nombre inmortal; a Cuervo, que podía decir: «Yo soy la lengua castellana». ¡Cómo dirán que estos claustros son la síntesis de nuestras glorias colombianas: de nuestra unión con la Madre España, que nos dio la lengua, la religión y la raza, como lo proclama el bronce gallardo de Fray Cristóbal; de nuestro catolicismo caldeado con la doctrina del Evangelio y las enseñanzas del Angélico Doctor; de nuestro amor a la libertad que compraron con heroísmo insignes rosaristas desde Antonio Morales, el del bofetón histórico al español Llorente, hasta Maza y demás compañeros que oyeron las dianas de Boyacá y Ayacucho.

Cierto que si se tratara de salvar de una catástrofe universal nuestras glorias nacionales, a este edificio venerando nos acogeríamos porque él es el resumen de nuestra magna historia.

Asistimos a los días más gloriosos de nuestro amado Colegio. Los días de Monseñor Carrasquilla, que hizo de estas aulas una segunda Lovaina; émulo de Bossuet por sus oraciones fúnebres, de los grandes próceres por su amor a la Patria, «hombre representativo, como dice el doctor Antonio Gómez Restrepo, que honra a una nación y a una estirpe». Su sombra vaga aún por estos claustros como los númenes tutelares que fingieron los antiguos para defensa de sus lares. Por eso no puede un colombiano

no recorrerlos sin sentirse grande con la grandeza del que palpa en mármoles los hechos gloriosos de sus antepasados, cantados por la frase lapidaria de Monseñor Carrasquilla.

En ocasiones se siente uno tentado a creer que hay una geometría divina, la divina geometría de las almas, que dijo uno de nuestros poetas, porque hay personajes cincelados por el Supremo Artista para una época, y épocas creadas para esos personajes: Monseñor Carrasquilla lo fue para este claustro.

Sabiduría, patriotismo, caballerosidad, grandeza de espíritu y de corazón: todo eso es el Colegio del Rosario.

De ahí que el juramento que acabamos de prestar, que nos acerca un paso más a tan grandes hombres, sea para nosotros una glorificación como la de los grandes juramentos que registra la historia; algo como el juramento de nuestro gran Libertador en un monte de la ciudad eterna. Nos ha obligado ante Dios y ante la Patria y ante vosotros, señor Rector y Consiliarios del Rosario, a profesar la fe católica tan consoladora, la que profesaron Agustín y Bossuet, la que todos los días convida la humanidad a caer pecho por tierra ante el Dios de las alturas, cuyo nombre es adorable desde la salida del sol hasta el ocaso, la que pacificó los bárbaros, salvó las ciencias y las artes, y en las grandes catástrofes de los pueblos ha restituido el roto equilibrio salvándolos a todos del caos universal.

Defenderemos también la doctrina del Angélico Doctor, único filósofo que no se contradice, sol en las humanas y divinas letras. Pondremos nuestras vidas al servicio de este amadísimo claustro, cuyas constituciones guardaremos incólumes, aun con sangre de nuestras venas, considerándonos dichosos de dar un testimonio de gratitud al inapreciable honor que hoy recibimos, porque sabemos que «la más alta gloria a que puede aspirar el estudiante colombiano es a una Colegiatura del Rosario».

Hé dicho.